

ALCANTARA

Publicación trimestral editada por los Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres

Director: CARLOS CALLEJO SERRANO

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Palacio Provincial. - Plaza de Santa María, n.º 1. - Teléfono 21 15 84

Imprime: Imprenta Provincial. - Avda. de Hernán Cortés, n.º 6

SUMARIO

	Páginas	
Alonso de León, Conquistador de Texas	3	JOSÉ SANZ Y DÍAZ
Clásicos de nuestro siglo: Soledad	12	JOSÉ MARÍA PEMAN
Llamas de capuchina	13	JOSÉ CANAL
Vostell y el arte contemporáneo de Malpartida de Cáceres	14	MARÍA DEL MAR LOZANO BARTOLOZZI
Jesús Delgado Valhondo: Canto a Santa María de Guadalupe como Reina y Madre de la Hispanidad	21	JESÚS DELGADO VALHONDO
Metodología nominal y demografía histórica	25	ANGEL RODRÍGUEZ SÁNCHEZ
Poema de las rosas de Santa Casilda	36	VICENTE GONZÁLEZ RAMOS
El ámbito cultural extremeño	42	JUAN PEDRO VERA CAMACHO
Compás de espera	44	MIGUEL SERRANO
Al partir	45	ENRIQUE ROMERO (†)
Pedro Sánchez Mazo	47	FRANCISCO FERNÁNDEZ SERRANO
La mano (cuento)	49	TOMÁS MARTÍN TAMAYO
Poesía negra	51	ADRIANA SEGURA
Guadalupe 1928-1978	52	J. A. O. M.
Atardecer	54	JOSÉ ALVAREZ PÉREZ
La ovejita cornuda	55	VALERIANO GUTIÉRREZ MACÍAS
La monarquía española se inauguró en Extremadura	57	
A cambio de nada	59	CELESTINO FERNÁNDEZ DÍAZ
Arte	60	FRANCISCO LEBRATO FUENTES, C. C. S., J. A. OLIVER MARCOS Y ANTONIO TERCERO MORENO
Crónica	67	J. A. OLIVER MARCOS
Recensiones	72	C. CALLEJO SERRANO, MIGUEL SERRANO, Y J. A. O. M.
Noticia de Revistas	76	C. C. S.

En cumplimiento de la vigente Ley de Prensa esta revista hace constar:

- 1.º Que su empresa editora es la Excelentísima Diputación de Cáceres Servicios culturales).
- 2.º Que su director, redactores y principales colaboradores son los que figuran en el cuadro inserto en última página.
- 3.º Que siendo sus fines esencialmente culturales y educativos, la revista «Alcántara» no proporciona beneficios comerciales, careciendo de publicidad retribuida.

ALCANTARA

D. Legal CC-26-1958

Año XXXIV

OCTUBRE - NOVIEMBRE - DICIEMBRE 1978

Núm. 193

Extremeños en Indias

ALONSO DE LEÓN CONQUISTADOR DE TEXAS

(Ascendiente de los Condes de la Villa de Santa Ana)

por José SANZ Y DIAZ



En 1845 el Estado norteamericano de Texas fue admitido en la Unión Anglo-Sajona o U.S.A. Estas tierras del golfo de Méjico, regadas por el Mississipí y el Arkansas, fueron descubiertas y anexionadas a nuestra Corona de España por el conquistador hispano don Alonso de León, siguiendo órdenes del Conde de Galve, entonces Virrey de Nueva España.

Apartando por falso el fárrago de tanta bibliografía mendaz como en los últimos tiempos se ha producido sobre Texas, tomamos como guía del presente artículo objetivo, las Relaciones diplomáticas de los virreyes Galve y Moctezuma, condes respectivos de estos últimos. El último, como es sabido se llamaba Sarmiento Valladares. También tenemos en cuenta los documentados estudios de don Carlos Pereyra, entre otras obras como la "Historia de la Geografía de México", de Orozco y Berra, y "Apuntes para la historia antigua de Coahuila y Texas", de Esteban López Portillo (Saitillo, 1886). También es interesante la "History of Texas from its settlement in 1685 to 1846", de Henderson Yoakum (New York, 1856) y la "History of the North Mexican states and Texas", que abarca de 1531 a 1889 (San Francisco, 1884-1889), ambas en dos volúmenes.

Más de un siglo antes de ser ocupada Texas en nombre de España

por el capitán Alonso de León, que llevó a cabo su conquista en 1689, habían recorrido la región meridional de lo que hoy son los Estados Unidos varios conquistadores españoles. Entre ellos, el famoso piloto de la descubierta de Filipinas, Esteban Gómez, en 1525; Lucas Vázquez de Ayllón, en 1526 antes de morir en la Florida; Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en su epopeya de 1530 a 1536, y el capitán Hernando de Soto, en 1539. Pero no existen rastros de rigor histórico fehaciente.

Alonso de León, capitán esforzado y político sagaz, era en el último tercio del siglo XVII Gobernador de Coahuila (Reino de Nueva España) y por la proximidad de esta región con la de Texas, recibió el encargo superior de explorar las costas del Golfo de Méjico y las tierras del interior donde se habían establecido algunos pocos aventureros franceses huyendo de la Ley.

El jefe hispano preparó una Compañía de arcabuceros y, llevando al P. Mazanet como misionero, se puso al frente de la misma. Era el año 1689. La marcha fue lenta y erizada de obstáculos, muy difícil a través de terreno montañoso, poblados de indios salvajes y de fieras en acecho. De ríos invadeables, de barrancos de dantesca belleza y de grandes llanuras desérticas. Baste decir, que en muchos días de caminar no descubrieron ningún rastro de ser humano, más que poblados escasos completamente abandonados hacía tiempo.

Llevaban como guía unos silvestres tejanos, indios de amarillenta piel y oblicuo mirar, de los que no se fiaban nada nuestros compatriotas. Los reptiles y los insectos mortificábalos de continuo. Las acémilas de la impedimenta y los caballos de los oficiales apenas podían pasar por los estrechos callejones de monte bajo, de ramaje espinoso, con senderos nunca hollados, aparte las barrancas tremendas por cuyo fondo discurrían corrientes de agua impetuosas, con sumideros a veces, disimulados entre juncadas y joma vegetal. Jornada tras jornada, desgarrados, sangrantes, llenos de suciedad y de fatiga, dieron por fin vista a una laguna y sobre un altozano que bordeaba sus riberas divisaron un fuerte abandonado.

El lago era lo que llamaron los franceses furtivos de la época Bahía de San Luis y los españoles Laguna de San Bernardo o del Espíritu Santo. El capitán Alonso de León, avezado estratega, militar veterano, dispuso convenientemente sus soldados y avanzó solo hacia las fortificaciones sobre su caballo. Se trataba de un fortín de madera, rodeado de setos protectores, al que había adosadas algunas cabañas o albergues rústicos.

El caudillo hispano disparó el pistolete de chispa, para avisar su llegada a los del recinto. Pero nadie contestó y se hizo, tras del disparo, un silencio imponente, impresionante. Se acercó el misionero, seguido

de algunos soldados. Un cuadro macabro se ofreció a la vista de Alonso de León y del fraile Mazanet al saltar al empalizada, seguidos por los arcabuceros. El castillote estaba destrozado, las casuchas ruinosas y la barrera de vigas incendiadas denotando todo un ataque traicionero, feroz, de alguna tribu de indios.

Un fuerte hedor a carroña les puso en contacto con varias docenas de cadáveres insepultos. Eran los de los desdichados colonos franceses que habían perecido a golpes de porra y de hacha, a flechazos y lanzadas otros. Los bárbaros planes amarillos, una vez saqueado el fuerte y despojados los muertos de sus vestidos, habían huido a los territorios del interior, al fondo de sus enriscados valles y cañones, seguros de no ser molestados por nadie. Los autores de la hazaña debieron ser tribus foráneas, no indígenas del país, sino venidas de lejos.

Abierta una zanja en medio de la plazoleta del fortín y al pie de un árbol frondoso, dieron cristiana sepultura a los restos, a los cadáveres de aquella primitiva e incipiente colonia. Alonso de León supo después que este recinto había sido alzado furtivamente por Roberto de la Sala con un grupo de presidiarios los cuales habían sabido defender bravamente sus vidas antes de caer con el cráneo hundido por las pesadas azagayas y macanas de los indios, pertenecientes a la tribu de los *cahuases*, que asaltaron la colonia de noche y por sorpresa, pereciendo algunos de los asaltantes. Los salvajes se llevaron sus heridos y sus muertos.

El P. Mazanet rezaría un responso y los soldados presentarían armas. Todas estas referencias del combate las obtuvo el conquistador español, más tarde, de los pocos europeos que habían logrado salvar la vida y que erraban entre las tribus menos belicosas, a través del territorio, cuando fueron liberados por el capitán Alonso de León.

Después de clavar una cruz monumental, hecha con dos fuertes maderos, sobre la tumba de los cristianos muertos, destruyeron los restos del fortín para impedir que fuera utilizado por los salvajes y emprendieron el regreso a Coahuila —siguiendo el curso del río San Antonio—, no sin antes tomar posesión, rodilla en tierra, la espada desnuda en la diestra mano y en la izquierda el estandarte de Castilla, de aquellos desolados parajes en nombre de la Corona española.

Otra vez emprendió el esforzado Alonso de León la fatigosa marcha a través de la desértica maleza de monte bajo con algunos manchones arbolados, por trozos de selva y márgenes de ríos, que en el territorio de Texas casi llegan a la centena. Se abrieron paso por la tundra pedregosa y los recios arbustos espinosos a fuerza de coraje, hasta encontrar en cierto valle pintoresco "unos indios desconocidos, ocupados en hacer provisión de carne de ciervo (especie de bisonte)"

Asustados los indígenas del imponente atuendo de los guerreros españoles —corazas, cascots arrabuces y picas en los que se quebraban los rayos del sol— y, sobre todo, del grupo de centauros que formaban caballos y jinetes, espectáculo jamás visto por la tribu, pues creían que hombre y bestia constituían un solo monstruo, arrojaron las armas. Postrados ante el capitán empezaron a gritar, con la tremenda algarabía que su temor supersticioso les dictaba: “¡Texias, texias!”, que en su lengua aborígen querían decir, “amigos, somos amigos”, que eran gente de paz.

Resultaron indios armados, pero pacíficos, del clan de los *assinais*. Ante el capitán Alonso de León hicieron acatamiento al poderoso Rey de las Españas, besaron la cruz que les mostraba el P. Mazanet y el estandarte de su nueva Patria. A través de los guías nativos que servían de intérpretes, pidieron al caudillo expedicionario que les enviara misioneros para insinuirlos y soldados para hacer la guerra a las tribus enemigas, que fueron los que a traición asaltaron el fuerte y dieron muerte a los “rostros pálidos” de la bahía de San Luis, luego del Espíritu Santo

Les prometió que así lo haría en cuanto diera cuenta de todo al Virrey de la Nueva España

Con estas palabras de “¡texias, texias!” que oyeron por primera vez los conquistadores españoles de labios indígenas, en las pintorescas márgenes del río San Antonio, quedó bautizada la región como *Tierra de los texias*, que por corrupción de la fonética castellana se convirtió pronto en *Texas* o *Tejas*. Nombre que ha prevalecido sobre el de Nuevas Filipinas con que fue, oficialmente bautizado.

Alonso de León obsequió con “rescates” vistosos a los caciques *assinais*. El P. Mazanet bautizó a algunos de ellos que lo pidieron, despidiéndose todos amigablemente. La tribu quedó en su comarca y los españoles partieron de nuevo para Coahuila, a donde llegaron semanas más tarde sin contratiempo.

El Gobernador Alonso de León fue recibido en triunfo por la colonia y en cuanto descansó unos días marchó a la capital azteca para dar cuenta detallada al Conde de Galve, Virrey de Méjico, de todo lo acontecido, lo cual “le plazió muy mucho”, al decir de un cronista de la época.

Acompañaba al conquistador de Texas el misionero Padre Mazanet con el propósito a la vez de reclutar otros frailes y recabar los fondos necesarios para establecer la primera Misión católica entre los indios tejanos. Aunque la mies era mucha, sólo pudo disponer de tres frailes franciscanos.

El Virrey felicitó al capitán por el feliz resultado de la expedición

ordenándole que volviera bien pertrechado a Texas para colonizarla. Para que cumpliera mejor su cometido, dijo que le enviaría tropas, artesanos de varios oficios, armas, víveres, enseres, pólvora, mantas, cacharros y demás utillaje necesario desde Nueva España.

Cumplida la comisión cerca del Conde de Galve, volvieron los comisionados a Coahuila. Pero como tardara la llegada de los refuerzos prometidos por el Virrey, Alonso de León partió sin esperarlos, desde Santiago de Menclova, el día 27 de marzo de 1690, rumbo a Texas.

Dejó a un oficial encargado, con guías expertos, dándole órdenes para que en cuanto llegaran las gentes de Nueva Vizcaya, partieran a incorporársele, a marchas forzadas. Le acuciaba el propósito de libertar a los pocos franceses que pudieron salvarse tras la hecatombe del fuerte de San Luis. Corrían rumores de que habían sido hechos prisioneros y esclavizados por las tribus bárbaras. Más no llegó a dar con ellos en su marcha acelerada hacia la laguna de San Bernardo, a donde llegó sin novedad Alonso de León con sus gentes e impedimenta.

Cuando clavó y alzó sus tiendas sobre las ruinas del fortín de San Luis, que fundara con los desertores galos Roberto de la Sala, era el 26 de abril de 1690. Explorando los arenales de la bahía, halló varios cañoncetes y culebrinas a poca profundidad, envueltos en ramaje, que habían enterrado los colonos o sus asaltantes. Fue un hallazgo interesante, pues aquellas sencillas piezas de artillería, estaban en perfecto estado y junto a ellas las cajas de munición correspondientes.

Rehecho el fuerte y establecido en él un campamento general, alzando cabañas y refugios habitables, llegó por fin la columna que el Virrey le enviaba desde Nueva Vizcaya, compuesta de soldados y de técnicos manuales, con sus correspondientes equipos de herramientas y bagajes para ponerse a trabajar.

Para celebrar su llegada, se dijo una misa solemne de campaña por los misioneros, bajo un árbol frondoso de cuyas ramas colgaba una campana. Después se dio un rancho especial a todos, a base de carne y de pescado, pues tanto la caza como la pesca abundaba en la laguna y en toda la comarca en que se asentaron.

Al día siguiente de estos hechos, envió Alonso de León un mensajero o correo al cacique principal de los indios *assinais*, con los que pactara el año anterior, diciéndole que allí estaban los misioneros y soldados ofrecidos, pedidos por los tejanos, en nombre del soberano de las Españas y Países de Ultramar. Añadió en su mensaje, que se trataba de un poderoso monarca que imperaba en infinitos pueblos, gentes, mares y tierras, el cual les protegería mientras le prestaran el debido acatamiento prometido.

Como el enviado no retornara al campamento, impaciente por su

suerte, el capitán español y gobernador de Coahuila salió para el interior con una Compañía de soldados, topándose a las pocas jornadas con el cacique supremo de los *assinais* o *texias*, en cuya compañía y bien agasajado se hallaba el mensajero.

Acompañaban al jefe amarillo varios notables de su tribu, que con él se dirigían al encuentro de Alonso de León. Todos juntos hicieron varias jornadas más, hasta llegar a un fértil valle, rodeado de umbrosas arboledas cubierto de verde césped y regado por un alegre riachuelo. Había en él "muchas casas y habitantes", dice la relación que seguimos. Cosa nada corriente en las parameras tejanas. Añade que los indios de aquel lugar iban pintarrajeados y adornados con ajorcas de ricos metales y vistosas plumas multicolores. Las cabañas eran de forma cónica y formaban en círculo una amplia plazoleta, donde se alzó la Misión convenida con los aborígenes.

Estos fueron obsequiados con cintas, cascabeles, tijeras, cuchillos, espejos, escapularios, estampas y muchos objetos de bisutería menuda, de los que iban bien provistos los españoles, y que hicieron la felicidad de los nativos. Ellos se encargaron de levantar elementales iglesias y capillas de madera en todas las aldeas de Texas, cabañas para los misioneros, que paternalmente contestaban a las ingenuas preguntas que les hacían. Poco a poco empezaron a instruirlos en los misterios de la religión católica, antes de recibir las aguas del bautismo, salvo los primeros del fortín asaltado.

Fundada la primera Misión franciscana en aquel lugar, bajo la advocación de San Francisco de los Texias, a 22 de mayo de 1690, los indios se mostraron orgullosos de su templo modesto, de la campana que colgaba de un árbol y de la amistad de aquellos extraños "hombres pálidos", que hacían brotar el rayo y el trueno de las armas que portaban. No cesaron de llevar regalos a los misioneros y a los soldados, especialmente al capitán, al que los *assinais* notables trataban con gran veneración y respeto.

En las fechas siguientes, Alonso de León en nombre de su Emperador, "tomó posesión definitiva del país con las ceremonias acostumbradas de levantar el estandarte real, dar vivas al monarca español y disparar la arcabucería, el supremo cacique tejano y sus ayudantes prestaron juramento de obediencia, prometiendo ser siempre fieles a los blancos y a su Rey, servirles en todo, defender y alimentar a los misioneros, en fe de lo cual entregaron voluntariamente como rehenes a tres de sus próximos y más distinguidos parientes".

Así quedó fundada la primera Provincia franciscana de Béjar (tal la bautizaron) y anexionado el territorio texano a la Corona de Castilla y León gracias a la inteligencia y valentía de Alonso de León, secun-

dado por el celo apostólico de aquellos 4 primeros misioneros que le acompañaban. Ellos iban, en nombre de la católica España, a predicar la dulce doctrina de Cristo en las tierras inhóspitas del sur de los actuales Estados Unidos.

Después se fundó otra Misión en un valle inmediato, llamada de Jesús, María y José, pidiéndosele nuevos Padres al Superior de la Orden Franciscana de Méjico.

En ambas dejó Alonso de León varios colonos y una sección de soldados para su custodia, prometiéndoles, en nombre del Virrey, envíos regulares de todo cuanto fuera indispensable para su vida entre los salvajes, a los que había que colonizar sin descanso.

De regreso a Coahuila su gobernador, por las llanuras boscosas del interior —luego de haber levantado definitivamente el campamento central Real de San Luis o del Espíritu Santo—, topó con algunas tribus levantiscas scmetiéndolas por la fuerza tras de algunas refriegas, en las que huían los indios al notar los efectos de las armas de fuego.

Rescató y libertó a unos franceses que aquellas tenían como esclavos, por los que pedían sumas disparatadas en especies, ya que el dinero lo desconocían. Por fin llegó Alonso de León a la sede de su Gobernación a mitad de julio de 1690.

Los franceses rescatados, entre los que había una joven de quince años de edad llamada Magdaleine Tolon, fueron enviados con un detallado relato de la segunda expedición al Virrey Conde de Galve, quien a su vez los embarcó en un galeón que desde Méjico partía para España, con el ruego de que le contaran al Rey todo lo acontecido.

Al llegar aquí, se pierden las noticias documentales sobre el Conquistador de Texas y Gobernador de Coahuila, don Alonso de León, y surge en el escenario geográfico del presente trabajo la figura del capitán Domingo de Terán, primer gobernador español de la Provincia de Texas nombrado por la Corona a través del Virrey Galve.

Parece que se trataba de un técnico importante, además de militar, llevando la orden real de hacer "un exacto reconocimiento de los terrenos inmediatos a la costa del Golfo de México y de fundar ocho Misiones más a cuyo efecto se destinaron nueve religiosos de *Propaganda Fide*, y una Compañía de presidiales, al mando del Oficial don Francisco Martínez".

Como era difícil conducir por tierra las provisiones, indumentaria, armas, municiones, medicinas y útiles necesarios para la colonización en marcha salió un barco para llevarlas por mar. La expedición terrestre partió de Méjico en 1691, llegó a Coahuila en junio y a Texas en octubre de dicho año, después de mil incidencias enojosas, debidas en

parte al mal tiempo y de haber recogido la carga desembarcada por el navío en la playa más próxima.

Terán exploró y cartografió el resto de la región de Texas; pero, contra lo propuesto, no pudo fundar más que dos Misiones, dotándolas de víveres y soldados, con los albergues y las fortificaciones correspondientes.

El flamante Gobernador no logró que prosperara la nascente colonia española y sintiéndose fracasado, después de muchas fatigas y de importantes sumas gastadas, regresó a Méjico a dar cuenta al Virrey de su poco afortunada gestión.

Otras expediciones menos renombradas se hicieron en el siglo siguiente, estableciéndose unos 3.000 españoles en la ya apellidada ciudad de San Antonio de Béjar, que fue elegida como capital de Texas, repartiéndose otros por las poblaciones de San Luis o Bahía del Espíritu Santo, y en la llamada Nuestra Señora del Pilar de Bucareli.

Pero el grande, auténtico o verdadero Conquistador de Texas, fue el esforzado capitán y hábil político don Alonso de León, uno de tantos varones ilustres que son honra y orgullo, blasón y escudo de nuestra misión ecuménica en tierras americanas.

Post scriptum

Parece probable, que una rama del Conquistador de Texas se estableciera en Alcalá la Real (Jaén), donde levantaron casa y hacienda al casarse algunos varones con damas ilustres jiennenses. De ella proceden cinco o seis generaciones de este apellido, según me dijo en 1976 don Juan Jiménez Alonso de León, con residencia en Madrid. Habría que examinar detenidamente los libros de bautizados, casados y fallecidos en las Parroquias de Santa María la Mayor y Santo Domingo de Silos, si es que existen, en Alcalá la Real.

Los familiares más cercanos a don Alonso de León, fueron extremeños, con posesiones al menos en las provincias de Cáceres y Badajoz, quizá por eniaces y casamientos. Hubo un don Alonso Liborio de León y Santos de Zúñiga, que perteneció a la Real Compañía de Guardias Marinas, tuvo altos cargos y fue creado Conde de la Villa de Santa

Ana, año 1777, entre otros títulos nobiliarios. Con el vizcondado previo de la villa de Almonaster, vemos también que a 3 de julio de 1771, Real Despacho de 13 de noviembre, a un don Alonso Liborio Santos de León y Márquez de Avelaneda, caballero de la Orden de Santiago y Maestrante de Sevilla, ilustre extremeño, se le concede igual título. Ambos personajes deben ser uno sólo salvo que este último fuera padre del anterior.

La última condesa de la Villa de Santa Ana, cuarta del título, murió en Bienvenida (Padajoz), año 1945.

